

ALGUNAS REFLEXIONES PARA UN PROYECTO TRANSFORMADOR

*Autor: Mario Aguilar Arévalo
Magister en Educación
Colegio de Profesores de
Chile A.G.*

RESUMEN

Plantea la preocupación por la crisis existencial que viven hoy los profesores, pues sienten que su trabajo ha perdido sentido, debido al paradigma imperante en la educación chilena, caracterizado por el pragmatismo, el afán economicista y la falta de contenido valórico. Enfatiza la profunda desvalorización de la labor formativa y de desarrollo humano en la educación, si bien ésta se declara teóricamente en los textos oficiales.

Postula la necesidad de redefinir un destino para el trabajo docente, relanzando el sentido y valor de la utopía como un orientador de vida, a través de una visión evolucionada de las mejores aspiraciones que han movido al ser humano a lo largo de la historia. Es urgente volver a dotar de sentido humano la labor docente y recuperar la vitalidad, energía y alegría de vivir.

1.- NUESTRA ASPIRACIÓN, EL SENTIDO DE LO QUE HACEMOS

Los profesores y profesoras tenemos en común una aspiración. Aspiramos a construir un futuro en donde el ser humano sea valorado, donde todos tengan iguales derechos e iguales oportunidades, donde nadie pueda ser discriminado por razón alguna; en donde las personas valgan por su calidad humana y por su aporte a la sociedad y no por lo que tienen materialmente; donde existan condiciones sociales y ambientales que permitan a las personas desarrollar un proyecto de vida con sentido. Hablamos entonces de una sociedad justa, plural, diversa, sin violencia, sustentable; una sociedad que abra el futuro a sus miembros, en donde las personas

sientan alegría de vivir y disfruten del respeto y valoración de los demás. Los que estamos acá no nos sentimos simplemente profesores en el sentido laboral, nos sentimos educadores, que es un concepto que incluye el anterior, y que amplía en mucho el sentido y significado de nuestra labor.

2.- ¿QUE PASA EN LA EDUCACIÓN HOY?

Dado el contexto anterior, entendemos que la educación juega un papel esencial en la construcción de esa aspiración.

Muchas teorías señalan que la educación tiene una finalidad conservadora y a la vez transformadora; esta paradoja la fundamentan explicando que el sistema educa-

tivo debe ayudar a la conservación y prolongación de aquellos aspectos deseables de conservar por una sociedad, por ejemplo una tradición histórica común, patrones culturales compartidos, normas de convivencia, etc. A la vez, señalan que la educación debe entregar a las personas herramientas para estar en condiciones de transformar en la sociedad aquellos aspectos necesarios para su mejoramiento y/o proyección. En teoría eso suena bien; es difícil rebatirlo.

El problema es que en la mayoría de los casos, la educación ha tenido un marcado énfasis sólo en el primer aspecto, es decir, su finalidad conservadora o reproductora. Las razones de esto son demasiado complejas como para profundizarlas en un escrito de este alcance; pero podemos mencionar que, en general, este hecho está asociado al tema del poder y a los intereses que se desprenden de eso, es decir, la experiencia muestra que habitualmente la educación ha estado al servicio de la reproducción de la situación de poder imperante. Hay muchos a quienes dicha situación no preocupa si se trata de reproducir las condiciones de una sociedad estable y en pleno desarrollo; es algo así como la idea de que “reproducir algo que funciona bien” sería adecuado: por cierto es bastante discutible esa tesis; pero podríamos, al menos, concederle el reconocimiento de que tiene cierta lógica.

Sin embargo, aquellas sociedades o sistemas que presentan deficiencias importantes, que no han sido capaces de resolver sus necesidades fundamentales, o que se encuentran en una etapa de decadencia o crisis terminal, la finalidad reproductora de la educación no tiene sentido ni destino. Es decir, “reproducir algo que no funciona bien” evidentemente resulta un absurdo. Sin embargo, parece ser que en este particular momento histórico (inicios

del siglo XXI) y particular lugar (Chile), ese absurdo es lo que está aconteciendo. Podríamos entregar muchos argumentos para fundamentar esta visión; pero, para no extendernos en demasía, podemos entregar sólo un gran argumento, y es que la visión de la educación sigue fuertemente influida por el paradigma racionalista, hijo del positivismo, sistema de pensamiento hoy fuertemente cuestionado como fundamento de las Ciencias Sociales; la educación chilena mantiene un claro sello cuantitativo, economicista y casi exclusivamente centrado en lo intelectual y eso es, a mi entender una de las causas principales de la creciente crisis que se vive al interior de la escuela y del aula.

Esta situación de pérdida de influencia, de desborde creciente que se vive en el aula, la vive y la sufre fundamentalmente el docente.

Por supuesto, surgirá inmediatamente el argumento de que en Chile se ha venido aplicando una reforma educacional desde hace algunos años; pero evidentemente cuando hablamos de una educación que supere su carácter conservador o reproductor, no hablamos de simples “aggiornamientos” o modificaciones principalmente metodológicas.

Dado todo el contexto anterior, vengo en formular la hipótesis de que el problema principal que afecta hoy a los docentes chilenos no es de carácter salarial, laboral ni profesional: el problema esencial que sufren hoy nuestros colegas es de tipo existencial. No quiero decir que los otros problemas no existan ni que debamos minimizar su importancia; lo que quiero decir es que resulta indispensable incorporar esa dimensión en el diagnóstico, discurso y propuestas que tengamos hacia nuestros colegas. Por cierto, esto tiene una dificultad importante, ya que me parece que

la mayoría de las profesoras y profesores no tiene una comprensión cabal del fenómeno, es decir aumenta la depresión, el stress, la ansiedad, etc.; pero no necesariamente se tiene claro el origen y causa del problema.

Pido disculpas si soy un poco audaz en mi opinión; pero afirmo que la razón fundamental de esta crisis existencial que viven nuestros colegas, se encuentra en la pérdida de sentido en su labor, al consolidarse un tipo de educación pragmática, economicista y vacía de contenido valórico. Hoy se educa para el éxito, para la competencia, para la productividad, para el rendimiento; el docente es visto como un tecnólogo educativo que se debe remitir a aplicar con eficiencia los programas educativos diseñados desde el poder; a su vez cada vez se presiona más fuertemente al profesor para una mayor productividad, eso es mayor puntaje en el Simce, PAT, Timss, mayor control disciplinario, excelencia pedagógica, etc., Hay una profunda desvalorización de la labor formativa y de desarrollo humano; eso es algo que se declama teóricamente, pero en la acción concreta queda relegado a un segundo, tercero o cuarto plano.

A su vez el deterioro en el medio social es creciente y acelerado, y eso llega a la Escuela. Si hay un lugar donde la crisis profunda de este sistema se hace evidente, es en la escuela. Los problemas de violencia, drogadicción y alcoholismo, no son sino la expresión de esta cultura materialista que rinde culto al éxito económico y desvaloriza el desarrollo humano, integral e integrador.

Sumemos a ello el individualismo extremo que ha contaminado a toda la sociedad y también a nuestros colegas; la vieja solidaridad de clase ha muerto, tampoco hay identidad en torno a la profesión, mucho

menos en torno a un territorio común (vecinos). Esa falta de pertenencia deja en definitiva al individuo enfrentando a esta severa crisis bajo una sensación de soledad y desamparo.

¿Cómo no va a aumentar la depresión, la ansiedad y el stress?

Soy un convencido de que éste es el tema de fondo que debemos abordar. A grandes problemas, grandes respuestas; ésta es una crisis profunda y nos exige respuestas que vayan a lo profundo, que sepan distinguir primarios de secundarios, que no se pierdan en asuntos irrelevantes como las pequeñas pugnas o escaramuzas de escaso vuelo en las que a veces nos vemos envueltos en la contingencia. El momento nos exige un vuelo mayor y una mirada de un nivel de conciencia superior al promedio.

4.- UN PROYECTO TRANSFORMADOR

Esa es la situación. Pero... ¿Dónde se encuentra la respuesta?

No hay que confundirse. La crítica situación descrita anteriormente no debe enterarse como una visión pesimista o nihilista. Como toda situación de crisis el asunto presenta sus dificultades y aspectos negativos; pero a la vez implica oportunidades y posibilidades evolutivas. Es precisamente en estos momentos de dificultades en que las personas pueden abrir las cabezas y los espíritus; es a partir de la conciencia que se pueda llegar a tener del problema, que pueden surgir nuevas respuestas; es la comprensión que se da en lo profundo de la persona, la que nos lleva a resolver el acertijo.

Lo primero que quiero plantear es que me parece que la respuesta no surge desde

el campo de las ideas. Esto que digo puede resultar un poco chocante para quienes hemos sido formados en el campo del racionalismo y de la academia. Si buscamos solo ahí no encontraremos la respuesta.

Digo que es a partir de experimentar con toda crudeza y sinceridad nuestra situación de vida, que podremos encontrar las señales de hacia dónde emprender el rumbo. Cuando somos capaces de “sentirnos” integralmente, de experimentarnos, de percibir nuestra situación vital, sólo entonces surge lo profundo de cada uno.

La depresión no es sino una pérdida de rumbo, un desvío de dirección. Herodoto decía: “todos los vientos son desfavorables a aquel barco que no tiene puerto de destino”. La única solución al problema actual de la educación y de los educadores es redefinir un destino. Se trata de plantear una re-evolución en la educación, una nueva aspiración, un nuevo proyecto de futuro que nos mueva hoy. Se trata de relanzar el sentido y valor de la utopía como un orientador de vida, como un referente lanzado hacia el mañana; pero que, a la vez, nos permite dotar de sentido y dirección al hoy.

Pero ello no es posible hacerlo desde los viejos paradigmas. El asunto no se soluciona con “aggiornamientos” o modificaciones en la externalidad. Lo que se necesita es un nuevo paradigma, una visión evolucionada de las mejores aspiraciones que han movido al ser humano a lo largo de la historia. No son simplemente nuevas ideas, se trata de una nueva

sensibilidad que debe expresarse sin pudor y desplegarse con fuerza y convicción.

Para ello hay que comenzar por perder el temor a no ser comprendido. Es necesario que desarrollemos en nosotros la fe en que toda acción que vaya en dirección de la Humanización de la educación, es también una siembra para transformar este momento oscuro y difícil que vive la humanidad y que, por cierto, también nos afecta como sociedad y como individuos. En tal sentido es que parece ser necesario reforzar las propias convicciones y trabajar con ahínco por construir una nueva educación que sea capaz de romper con las concepciones economicistas que hoy nos rigen y avanzar hacia la construcción de una educación verdaderamente al servicio del desarrollo humano integral. Ya hay muchas ideas innovadoras dando vuelta, es creciente el número de educadores y estudiantes que trabajan por generar nuevos caminos, cada vez se generan más ámbitos de discusión y reflexión frente a esta necesidad; todo ello da cuenta de una sensibilidad que crece, aún no es masiva, pero está en rápida expansión.

Reforzar esta dirección transformadora de la educación, es hoy una tarea de enorme proyección. Y, además de ser una contribución concreta para enfrentar este complejo momento que vive la sociedad, es también una manera de volver a dotar de sentido humano a nuestra labor docente y recuperar nuestra vitalidad, energía y alegría de vivir.